Globethics Repository

# Reflexiones en torno de la(s) izquierda(s) chilena(s) y el proyecto de país [Reflections on the Chilean left and draft country]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

| | |
|---|---|
| Item Type | Article |
| Authors | Garretón,Manuel Antonio |
| Publisher | Fundación Friedrich Ebert (FES) |
| Rights | Creative Commons Copyright (CC 2.5) |
| Download date | 2026-07-14 14:10:24 |
| Link to Item | http://hdl.handle.net/20.500.12424/218794 |

# Reflexiones en torno de la(s) izquierda(s) chilena(s) y el proyecto de país

*El problema de la sociedad chilena es la reconstrucción de una comunidad política nacional que pueda insertarse de manera autónoma en el mundo globalizado. Ello implica plantear un proyecto de modernidad que dé cuenta de la diversidad, la memoria histórica y la subjetividad de personas, grupos y colectividades. Para encarar esa tarea, la dividida izquierda debe ampliar su base política construyendo mecanismos y espacios que aseguren la representatividad y la participación ciudadana, algo que obliga a la Concertación a integrar a la esfera parlamentaria e institucional a los sectores de izquierda marginados por el aberrante sistema electoral.*

**Manuel Antonio Garretón**

### *La trayectoria histórico-organizacional*

La izquierda chilena estuvo tradicionalmente formada por los Partidos Socialista y Comunista. Se puede hablar así de campos o espacios socialista y comunista, pues en torno de cada uno se movieron de manera histórica otros grupos o partidos. Estos dos partidos, de concepción principalmente marxista ya fuera

**Manuel Antonio Garretón:** sociólogo; profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile; ha sido profesor invitado en numerosas universidades de EEUU, América Latina, Europa y la Universidad Hebrea de Jerusalén.
**Palabras clave:** democracia, izquierda, dictadura, Concertación, Chile.
**Nota:** Algunas de las ideas aquí desarrolladas han sido planteadas en diversas entrevistas y columnas de opinión del autor.

en su origen o trayectoria, fueron los principales de la Unidad Popular, coalición que gobernó Chile entre 1970 y 1973, encabezada por el presidente Salvador Allende, quien pertenecía al Partido Socialista (PS) y fue derrocado por el golpe militar que dirigió Augusto Pinochet, dando origen a una dictadura que terminó década y media después, en 1990.

Luego del golpe militar, el PS sufrió una serie de divisiones, la principal de las cuales ocurrió en 1979, cuando se escindió en dos partidos. Uno encabezado por su antiguo secretario general, Carlos Altamirano, el otro por el ex-ministro de Allende, Clodomiro Almeyda. Muchos sectores quedaron fuera de estas dos fracciones, que iniciaron un proceso de aglutinación en torno de ellas de los grupos menores dispersos. Hacia 1983 existían dos principales partidos socialistas, originados en el PS. Uno resultó de la confluencia de varios grupos alrededor del sector Altamirano, y pasó a llamarse Partido Socialista-Briones, luego Núñez, luego Arrate, por el nombre de sus sucesivos secretarios generales. Este partido recogió gran parte de lo que se denominó la renovación socialista, básicamente producto del abandono del marxismo-leninismo dogmático como ideología única, y adopción de la democracia y los derechos humanos en tanto partes integrantes sustantivas del proyecto socialista, y participó en diversas alianzas opositoras contra el régimen militar junto a la Democracia Cristiana (DC). El otro partido mantuvo el tronco de la fracción Almeyda y pasó a llamarse Partido Socialista-Almeyda, de corte más tradicional y más ligado a alianzas exclusivamente de izquierda junto al Partido Comunista (PC). En los últimos años del régimen militar, se expresaron tendencias más renovadoras y participó en la alianza opositora a Pinochet, la Concertación de Partidos por el NO, luego Concertación de Partidos por la Democracia (CPD), que derrotó a Pinochet en el plebiscito de 1988, y luego venció en las elecciones presidenciales de 1989, llegando al Gobierno en marzo de 1990. Hasta fines de 1989 ambos partidos siguieron estrategias de legalización diferentes. Uno (el de Arrate), creando, con el liderazgo de Ricardo Lagos, el Partido por la Democracia (PPD) que luego adquiere vida propia, y el otro, una especie de federación con otros partidos de izquierda, el PAIS, que se disuelve tras las elecciones de 1989. En diciembre de 1989 ambos partidos se unificaron y se mantuvieron en la Concertación entrando como uno solo al gobierno del presidente demócrata-cristiano, Patricio Aylwin. En noviembre de 1990, se realizó el primer congreso de este partido unificado. A cada uno de los troncos históricos mencionados, y luego al PS ya unificado, se fueron integrando diversos grupos, de origen marxista o no, provenientes del viejo PS o del MAPU en sus diversas variantes, o del Partido Radical o de la Izquierda Cristiana, algunos orgánicamente, otros como sectores o grupos de militantes o independientes. El llamado proceso de

«renovación socialista» afectó principalmente a este campo, aunque abarcó algunos grupos pequeños del PC y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

***El campo comunista, en torno del PC, se caracterizó por tener una línea más gradualista y reformista, proclive a las alianzas con el centro hasta 1980, y fue gran enemigo de las concepciones que denominaba ultraizquierdistas que percibía en el PS y en el MIR***

El campo comunista, en torno del PC, siguió otra evolución. En efecto, este partido, de corte marxista-leninista, muy ortodoxo, y seguidor muy estrecho hasta 1980 del PC de la URSS, se caracterizó por tener una línea más gradualista y reformista, proclive a las alianzas con el centro (DC) hasta 1980, y gran enemigo de las concepciones que denominaba ultraizquierdistas que percibía en el PS y en el MIR, este último, partidario de la lucha armada). En 1980, sin abandonar su matriz clásica y ortodoxa, el PC viró su línea política hacia lo que llamó la «combinación de todas las formas de lucha», predominando en él las tendencias insurreccionales vinculadas a organizaciones de lucha armada (Frente Patriótico Manuel Rodríguez), que luego se independizan del partido. En los últimos años de la dictadura militar, con la ampliación de los espacios de lucha política, el PC sufrió un profundo debate interno que rompió su tradicional *monolitismo*, entre sus sectores vinculados a la tesis más insurreccional o de la «rebelión popular» y refractarios a los procesos de renovación, y sectores deseosos de reengarzarse en la lucha política tradicional y democrática. Estos últimos constituyeron diversas fracciones o tendencias que se marginaron, asumiendo aunque tardíamente y de modo diverso, las tesis de la renovación socialista.

A partir de la recuperación democrática, se consolida un nuevo panorama de la izquierda, radicalmente distinto de lo que fuera hasta 1973, en el que su problemática orgánica deja de ser la alianza socialista-comunista y la de contenido deja de ser la revolución socialista. En efecto, los rasgos principales de este nuevo panorama pueden sintetizarse de la siguiente manera:

– En primer lugar, la izquierda socialista pasa a formar parte de la CPD y sus gobiernos desde la inauguración democrática de 1990 hasta hoy, habiendo integrado los dos primeros gobiernos, el de Patricio Aylwin (1990-1994) y el de Eduardo Frei (1994-2000), y liderado el tercero con el PPD del militante socialista, Ricardo Lagos (2000-2006). Muy probablemente la socialista Michelle Ba-

***Se ha producido por primera vez en la historia contemporánea una doble disociación en la izquierda chilena***

chelet será la candidata de la Concertación para encabezar un cuarto gobierno, esta vez, de cuatro años según las reformas constitucionales en curso. El PS obtiene el 11,93% y el 10,1% de los votos en las elecciones de diputados de 1990 y 2001 respectivamente, y en las municipales de 1992 y 2004, el 8,53% y el 10,93%, respectivamente. Por otro lado, sus diversas fracciones han demostrado a la vez consistencia y permanencia en el tiempo, pero también una gran flexibilidad de negociación entre ellas para competir y también compartir liderazgos y posiciones de gobierno. Sus temáticas más específicas se refieren al sostenimiento de una posición dura en materia de las violaciones de derechos humanos, negándose a cualquier iniciativa que pueda acercarse a algo semejante a una política de Punto Final, y a la defensa de planteamientos más socialdemócratas y menos liberales en materia socioeconómica, enfrentando en estas áreas no solo a la democracia cristiana, sino al propio PPD. Por su parte, el PPD, creado desde el PS y originalmente autodenominado como «partido instrumental», se consolidó como autónomo de centro-izquierda, aunque de ideología y arraigo social menos consistente, definiéndose más como de ciudadanos. En materia electoral, esta organización ha variado en las elecciones de diputados en 1993 y 2001 entre un 11,84% y un 12,73%, y en las municipales obtuvo el 9,21% en 1992 y el 9,94% en 2004. Sus planteamientos son más fluctuantes y contradictorios que los del PS, siendo enormemente sensible a la personalidad de sus dirigentes y a la expresión mediática y de opinión pública En la Coalición es el partido que más representa las temáticas culturales y de medio ambiente.

Como puede apreciarse de los datos electorales, ambos partidos comparten y compiten por el mismo electorado y están en una situación de permanente empate. Los intentos de unificarse o federarse, que se repiten de tiempo en tiempo, han fracasado, pese a su cercanía política y electoral.

– En segundo lugar, la izquierda comunista se ha constituido en un polo diferente de izquierda, en posiciones muy críticas de la Concertación, a la que considera administradora del modelo neoliberal, y con una visión ideológica que combina resabios del pasado del partido con planteamientos de tipo alternativistas y alter-mundialistas. El PC se ha convertido en el eje de una izquierda extraparlamentaria bastante heterogénea, que ha logrado para las elecciones municipales de 2004 constituir una coalición electoral que alcanzó una votación del 9,1%, y que espera proyectarse en las próximas elecciones parlamentarias y presidenciales de 2005, bajo el nombre de Juntos Podemos. En ella participan

sectores escindidos del PC como Fuerza Social, agrupaciones nuevas de izquierda como La Surda, partidos como el Partido Humanista, y sectores del antiguo MIR. Es muy probable que esta coalición y el PC mismo evolucionen hacia una posición más pragmática para insertarse en la institucionalidad y dejar su carácter hasta ahora significativo en lo social, pero marginal en lo político. Los últimos candidatos presidenciales del PC han fluctuado entre el 3% y el 5%, y en las elecciones municipales, entre el 6,5% en 1992 y un 4,86% en el 2004.

En tercer lugar, como consecuencia del panorama anterior, se ha producido por primera vez en la historia contemporánea una doble disociación en la izquierda chilena. Por un lado entre sus principales componentes partidarios que siguen inserciones en alianzas y líneas políticas divergentes, por el otro, entre la conformación partidaria y el movimiento social y la sensibilidad cultural de izquierda.

### *La izquierda y los gobiernos democráticos*

La CPD, constituida por una coalición de centro y de centro-izquierda, a la que hay que agregar el Partido Radical Social Demócrata (PRSD) que ha oscilado entre estos dos ejes, ha gobernado el país desde 1990 con tres gobiernos. La decisión de integrar esta coalición puede describirse como el hecho o giro fundamental de la izquierda chilena en su historia contemporánea, porque ade-

más puso término a la problemática central que había definido a la izquierda como un proyecto socialista clásico basado en la alianza comunista-socialista.

En conjunto el bloque PS-PPD, si se puede hablar así puesto que esta organicidad solo existe para los pactos electorales y en términos de oposición o competencia con la DC más que como proyecto político común, va desde un 17,7% en las elecciones municipales de 1992 a 20,9% en 2004, totalizando 23,1% y 25,5% si se le suma el PRSD, contra un 28,9% y 20,3% de la DC en los mismos años. De modo que se ha ido revirtiendo la correlación original en la coalición gubernamental, en que el partido mayoritario del bloque que era la DC, de la que salieron los dos primeros presidentes, ha cedido esta posición al eje llamado progresista o de centro-izquierda. Este hecho tiene más influencia simbólica que en las negociaciones efectivas de candidatos del pacto, en las elecciones o en las decisiones políticas. En todo caso, los énfasis programáticos o comunicacionales, los arbitrajes entre ambos ejes, son fijados por el presidente, especialmente en el caso del presidente Lagos, menos en el del ex-presidente Aylwin, en que era el núcleo político cercano de tipo transversal a los partidos el que arbitraba políticamente, y menos aún en el caso del ex-presidente Frei, donde la conducción era más errática y los arbitrajes puntuales.

En otros trabajos hemos llamado la atención sobre tres visiones predominantes en la Concertación que afectan la posición relativa de los proyectos o la influencia que pueda tener el bloque de izquierda, puesto que dichas visiones también lo atraviesan. Así, hay una visión de derecha en la coalición de gobierno que se distingue de la derecha política opositora tanto en su apoyo a los gobiernos de la Concertación, lo que es obvio, como en su juicio respecto del régimen militar y en el pinochetismo. Es decir, se trata de sectores claramente democráticos que comparten, con leves modificaciones, la visión de derecha en materia de modelo socioeconómico en términos de reducción del papel del Estado, primacía del crecimiento sobre la igualdad, privatizaciones, y reducciones tributarias; son partidarios de dar vuelta de hoja en materia de derechos humanos; establecen vinculaciones con los poderes económicos y mediáticos en su acción política, y muchos de ellos buscan constituir nuevos referentes políticos que vayan más allá de la actual división derecha-Concertación. Este sector tiene presencia e influencia importante en altas esferas del Gobierno, especialmente en el campo comunicacional. Pero opera también como un elemento orientador para aquel sector estrictamente pragmático de la Concertación y el Gobierno, menos interesado en cuestiones de contenido ideológico que en la pura administración del poder y superación de problemas y conflictos inmediatos; y también opera en la inhibición del sector progresista (presente al igual que las otras dos ten-

dencias en todos los partidos de la Concertación), para formular un proyecto propio claramente alternativo a las visiones de derecha.

La segunda visión es la pragmática, caracterizada por la prioridad otorgada al manejo del poder político, la solución puntual de problemas y conflictos, los arreglos y negociaciones coyunturales sin una visión de largo plazo, lo que lleva necesariamente a políticas a veces contradictorias o incoherentes, y a la elaboración de propuestas y proyectos según la correlación de fuerzas y lo que reflejan las encuestas.

La tercera visión es la propiamente progresista o, si se quiere, de izquierda, también presente en todos los partidos. Ella se caracteriza por buscar devolver al Estado su rol dirigente y a la política su carácter central; por una opción preferencial dirigida a los sectores populares y más débiles. Estas líneas van articuladas con una orientación hacia una corrección profunda del modelo de desarrollo, que garantice el crecimiento con igualdad, por la búsqueda de verdad, justicia y reparación en todos los casos de violaciones a los derechos humanos, el incremento de la participación ciudadana y el fortalecimiento de los actores sociales y una mayor identificación con América Latina en la estrategia de inserción en el mundo globalizado. El problema principal de esta visión ha sido la dificultad para ligar estas metas con propuestas de políticas públicas diferentes en muchos de estos campos, por lo cual queda como una reserva crítica, planteando temas de debate más que proyectos alternativos.

Es indiscutible el cambio drástico que la coalición de gobierno, con la presencia significativa del eje de centro-izquierda PS-PPD, ha simbolizado para el país en materia de crecimiento económico, superación de la pobreza, inserción internacional y aislamiento de sectores no democráticos. Quedan como saldos negativos, por un lado, la conservación de la institucionalidad heredada de la dictadura, de la cual son símbolos la Constitución y el sistema electoral binominal que le da a la oposición heredera de Pinochet y a los poderes fácticos un poder de veto, y excluye del Parlamento a los sectores de izquierda no pertenecientes a la coalición. Por el otro, la desigualdad socioeconómica, que es de las mayores de América Latina. En tercer lugar, la ausencia de recomposición de la relación entre los actores sociales desarticulados y la política en función de un proyecto de país. Finalmente, la debilidad de la inserción latinoamericana con relación a la amplia inserción en el mundo globalizado.

Respecto a la izquierda no concertacionista, cuyo eje principal, como hemos dicho, es el PC, no ha podido convertirse en algo más que la capitalización del

descontento social de sectores sociales organizados y juveniles. En parte, a causa de su exclusión del Parlamento debido al sistema electoral binominal y también por sus propios errores y rigideces de análisis políticos que provienen de su liderazgo. Pero la expresión de este descontento, en la que se hace equivaler a los gobiernos de la Concertación con la administración del modelo socioeconómico neoliberal heredado de la dictadura, no ha podido convertirse ni en alternativa política con proyecto, ni ha ido acompañado de una coherente política destinada a insertarse en el sistema institucional. Es probable que en el futuro inmediato y respaldada por el éxito electoral de la coalición Juntos Podemos como por las manifestaciones del conjunto de la Concertación, este escollo fundamental sea sobrepasado, lo que implicaría un profundo cambio en el panorama político chileno.

### *El nuevo escenario político y el fin de una época*

Los dos últimos años del tercer gobierno de la Concertación pueden significar un cambio significativo en la política chilena, en la medida que abren posibilidades para el desarrollo del país como comunidad sociohistórica y política.

Por un lado, se ha ido produciendo una ruptura del conjunto del país y sus instituciones, y ya no solo de un sector mayoritario, con la herencia de la dictadura militar. El escándalo provocado por las cuentas de Pinochet que muestran el nivel de corrupción existente en su régimen, agregado a fallos jurídicos contra él y sus colaboradores en la represión, la asunción de responsabilidades por parte sobre todo del ejército, respecto de los crímenes y violaciones de derechos humanos y su distanciamiento moral de la época y del gobierno militar, y, principalmente, el Informe Valech, que termina de darle la razón a todas las reivindicaciones y acusaciones contra lo ocurrido en dicho régimen, continuando y ampliando los Informes Rettig y Mesa de Diálogo, crean un clima de ruptura con una época y un régimen infames.

Es cierto que todavía falta, como horizonte ético irremplazable, la justicia en todos los casos de violaciones de derechos humanos, y por ello es bueno que ocurra la presentación ininterrumpida de querellas y no entramparse en doctrinas e interpretaciones sobre amnistía u otras materias que se acerquen a la impunidad. Junto a ello, lo que falta para que el país sea una auténtica comunidad política, para que todos se reconozcan y reconozcan al otro como pertenecientes a ella, es la condena oficial de todas las instituciones y actores, entre ellos obviamente el Poder Judicial, a la época y régimen militar, tal como lo hicieron alemanes y españoles con sus experiencias de dictaduras. Ello debería llevar a

que nadie que haya estado vinculado a violaciones de derechos humanos, ya sea por sus funciones, por acción u omisión, ocupe cargos públicos o de representación política, tal como de hecho ocurre con los ascensos militares. Solo en ese momento podrá hablarse de reconciliación.

***El triunfo de la Concertación en las elecciones municipales de 2004 y el éxito y alta evaluación del presidente Lagos y su gobierno, han generado la certeza de sentido común de que la derecha no podrá ganar las elecciones presidenciales***

Por otro lado, el triunfo de la Concertación en las elecciones municipales de 2004 y el éxito y alta evaluación del presidente Lagos y su gobierno, han generado la certeza de sentido común de que la derecha no podrá ganar las elecciones presidenciales. Ello la ha llevado a buscar su refundación, que ha desembocado, en realidad, en un puro acomodo a cálculos electorales u operaciones autoritarias y mediáticas, como, por ejemplo, las remociones por parte del candidato Joaquín Lavín de los líderes de los dos partidos que constituyen su alianza política de respaldo. La única refundación viable de la derecha es la que apunta a su ruptura definitiva con su marca de origen: la dictadura y su legado. El gran problema de la época democrática ha sido la ausencia de una derecha que rompa con una identidad y práctica política forjada en la dictadura, que ajuste sus cuentas con su pasado dictatorial y antidemocrático, es decir, que sea verdaderamente democrática, lo que no podrá resolverse mientras su núcleo fundante siga en sus funciones dirigentes.

Parece indiscutible que en las próximas elecciones vencerá nuevamente la Concertación, y lo más probable es que sea con la candidata Bachelet, del PS-PPD, al que se han unido los radicales socialdemócratas. La cuestión es saber si ésta podrá aprovechar el gran momento por el que pasa su gobierno para resolver tres grandes problemas pendientes: el de la «entrada de aire fresco», es decir, la renovación de su estilo y relación con la gente alejada de la política, a lo que las candidaturas de Soledad Alvear, del bloque demócrata cristiano, y Michelle Bachelet sin duda apuntan, más la segunda que la primera; el de un programa que busque específicamente movilizar el país tras una nueva Constitución e institucionalidad y tras objetivos redistributivos que superen las desigualdades; y el de la ampliación de la base política del país, incorporando institucionalmente a los sectores extraparlamentarios, que alcanzaron en las elecciones municipales de 2004 no solo cristalizar y proyectar su unidad en la coalición Juntos Podemos, sino además una significativa votación del 91%. Junto a la reconciliación y a la refundación ética de la derecha, ya mencionadas, estas tres

tareas de la Concertación son lo que permitirá que el país deje atrás la época posdictatorial y entre de lleno en la discusión y construcción libre de su futuro.

### *La izquierda y el proyecto de país*

A nuestro juicio, el problema central que enfrentará la sociedad chilena en las próximas décadas, puede resumirse en la reconstrucción de una comunidad política nacional que pueda insertarse de manera autónoma en el mundo globalizado.

En efecto, la gran amenaza hoy de un país como el nuestro es desaparecer como sociedad, víctima de fuerzas económicas y comunicacionales transnacionales, de poderes fácticos externos e internos, de la desigualdad que amenaza convertirnos en dos o más sociedades extrañas las unas de las otras, de la exclusión de sectores importantes, del debilitamiento del Estado como referente de la unidad nacional y de la política como forma de convivencia colectiva, de la desvalorización de la vida en sociedad y la pérdida de principios y mecanismos de solidaridad, de la banalización de la vida individual y social a través de ciertas formas perversas de consumo y cultura de masas.

En otras palabras, hay un cuádruple desafío para que este país sobreviva como país. Primero la profundización democrática, que exige restituir la soberanía popular en los mecanismos institucionales y construir mecanismos y espacios que aseguren la representatividad y la participación de todos los niveles de la sociedad. Segundo, la democratización social, que significa la lucha permanente por la igualdad, el término de las exclusiones y la generación de mecanismos de solidaridad y participación ciudadana. Tercero, el control y regulación de la economía, respetando su dinámica propia, y la formulación de un modelo de desarrollo nacional sustentable, con capacidad dirigente del Estado, que nos asocie con el resto de América Latina para una inserción como conjunto en el espacio económico globalizado de hoy y el futuro. Cuarto, la construcción de un modelo o proyecto de modernidad que dé cuenta de la diversidad y de la memoria histórica colectiva, y combine la racionalidad del conocimiento y las técnicas con la subjetividad, emociones, pulsiones e identidades múltiples de personas, grupos y colectividades.

Todo ello supone el simultáneo fortalecimiento del Estado en su capacidad dirigente e integradora, del sistema de representación y de partidos, de los actores sociales en todos los planos de la sociedad, y de la calidad y relevancia de la política y el régimen democrático.

Todo proyecto histórico o toda política tendrá que referirse y posicionarse frente a todas y cada una de estas cuestiones y procesos, ninguno de los cuales termina en una solución definitiva, sino que están abiertos siempre a nuevas contradicciones y nuevos desafíos. Ellos pueden ser encarados de diversas maneras, que atraviesan a los variados sectores o sensibilidades que componen la izquierda. Una es la visión de estos procesos como una suma de problemas puntuales que hay que resolver, de acuerdo con las demandas de la opinión pública, generalmente medidas por encuestas o por la presión de los medios de comunicación, con los mecanismos propios de una economía de mercado regulados solo por principios tecnocráticos, es decir, eliminando el sentido profundo de la política o vaciándola de todo contenido. Esta es la mentalidad neoliberal en cualquier punto del espectro político. Otra es el abordaje de estas cuestiones a partir de una ideología o proyecto ya definido que contiene las respuestas a todas ellas, y que son administradas por un actor político único que tiene la clave para superar el sistema neoliberal actual, condición *sine qua non* para hacer cualquier cosa. Se trata de una mentalidad más de corte revolucionario, presente también en varios puntos del espectro político, pero especialmente en la izquierda extraparlamentaria, que reduce la política en la imposibilidad de la toma del poder a un acto crítico testimonial, pagando el precio de la marginalización. Una tercera manera de abordar estos procesos es la formulación de proyectos en todos los campos señalados, a partir de prioridades fijadas por ciertos principios éticos o metas utópicas, y por la síntesis política entre éstos y el debate y la acción de los actores involucrados. Se trata de

una mentalidad que restituye a la política su carácter de debate y acción en busca de una sociedad deseable.

Desde esta última perspectiva, digamos que un proyecto político que enfrente los cuatro procesos señalados no puede ser encarado hoy por ningún actor político exclusivo, lo cual exige la presencia de actores sociales en el debate y la tensión con los actores políticos. Dicho de otra manera, no hay proyecto político para nuestro país, y en el mundo en general, sin una coalición estable de partidos y una alianza de geometría variable, según los problemas que se enfrenten, entre actores sociales. En el plano político, en Chile esa coalición es y debe seguir siendo la CPD, y hay que reconocer que hasta ahora no se ha logrado transformar la gran mayoría social que la apoya en actores autónomos que interactúen con ella.

***La izquierda debiera expresar la visión de una sociedad que está atravesada por conflictos que pueden deshacerla, cuya superación busca integrar al proyecto nacional la perspectiva de los sectores más oprimidos, excluidos, discriminados o abandonados, y también la de los sectores culturales más creativos de la sociedad***

Ahora bien ¿cuál es el aporte propio de la izquierda, que la hace indispensable, a un proyecto nacional como el que hemos señalado? Por un lado, la izquierda debiera aportar la crítica ética e histórica permanente al capitalismo, adaptada a cada circunstancia, buscando superar sus contradicciones, explotaciones y desigualdades. Por el otro, ella debiera expresar la visión de una sociedad que está atravesada por conflictos que pueden deshacerla, cuya superación busca integrar al proyecto nacional la perspectiva de los sectores más oprimidos, excluidos, discriminados o abandonados, y también la de los sectores culturales más creativos de la sociedad. En tercer lugar, su aporte debiera ser un discurso y una acción que le devuelvan el sentido a la política como el espacio del debate, la acción y la esperanza, que vastos sectores de la sociedad, especialmente el de los jóvenes, reclaman hoy en día, frente a la tiranía del mercado, los poderes fácticos y la trivialización cultural.

Esto permite formarse un juicio respecto de las nuevas posiciones o propuestas para la izquierda que provienen de las sociedades más desarrolladas, y que han cristalizado en lo que se llama la «tercera vía», «progresismo» u otras denominaciones. La idea de una tercera vía alude a la distancia tanto del neo-

liberalismo como de la socialdemocracia, lo que es un retroceso si se reduce la izquierda a este proyecto. Por lo demás, cuando se habla de vías se postula una visión de sociedad a la que se aspira y aquí no está claro qué tipo de sociedad se busca. Por último, el posible acierto publicitario o convocador de tercera vía o progresismo, no encuentra expresión clara ni en actores sociales ni en políticas concretas que oponer al neoliberalismo o que, si se quisiera, puedan ser superiores a las políticas socialdemócratas. Sin duda que ella puede definir un espacio de convergencia o de alianza entre muchos sectores ideológico-políticos, tanto en un país como en un contexto regional supranacional o mundial; puede ser incluso la mejor o única alianza viable a oponer a los grandes poderes fácticos nacionales y transnacionales, pero obviamente no agota ni con mucho, ni puede identificarse con un proyecto de izquierda. Y si es así, es en el seno de este campo del progresismo que habrá que desarrollar el proyecto propio y específico de izquierda o de las izquierdas con los componentes que hemos indicado, para desde ahí definir la relación entre los diversos sectores que la integran.

Es solo en el interior de un proyecto amplio, cualquiera sea el nombre que se le dé y del cual forme parte inseparable e indispensable, que cabe hablar de un proyecto o un papel de la izquierda. Esto supone el reconocimiento de dos cuestiones fundamentales: primero, que la izquierda ha sido y es pluripartidaria, por un lado, y que su convocatoria llega a sectores de otros partidos no identificados con ella y, sobre todo, a actores y sectores independientes, lo que exige políticas amplias hacia ellos; segundo, que la izquierda nunca ha sido mayoría por sí sola en el país, y que difícilmente llegará a serlo gobernando sola, lo que si fuera posible no es claro que sea deseable, y que la coalición sí es y debe ser mayoritaria y en su seno, al igual que en sus otros componentes, la izquierda debe aspirar a ser la mayoría y a asumir su liderazgo, tal como ocurre. Si se consideran estas dos cuestiones, el tema de la unidad de la izquierda, tema clásico en nuestra historia, no podría plantearse al margen de la unidad de la coalición de la que la mayoría de la izquierda forma parte. Ello debe ser entendido por la izquierda extraparlamentaria, hoy en día agrupada en torno principalmente del PC, si no quiere quedar fuera de la historia de este país, como ocurrió en las elecciones presidenciales pasadas. Pero, a su vez, es una responsabilidad de la izquierda de la Concertación integrar a la esfera parlamentaria e institucional a los sectores de izquierda marginados por el aberrante sistema electoral. La discusión de diversos proyectos de izquierda para el país solo podrá hacerse entendiendo que un sector de la izquierda es y será parte de la coalición gobernante, la Concertación, y que el otro sector debe ser integrado a la vida institucional donde se hace el debate político sobre los proyectos de país.